

IV Convocatoria del premio **Voces Sin Olvido**

CONTRIBUCIONES 2023



voces
sin olvido



ANTONIO DE NEBRIJA
500 AÑOS



UNIVERSIDAD
NEBRIJA

Cátedra Global Nebrija Santander de Español
como Lengua de Migrantes y Refugiados

Después de tres convocatorias cada vez más exitosas, la Cátedra global Nebrija-Santander del español como lengua de migrantes y refugiados ha vuelto a convocar otra edición (la cuarta ya) del concurso *Voces sin olvido*, con el que se pretende dar a conocer las historias de mujeres migrantes que residen en España. En esta ocasión bajo el lema, “mi lengua, mi cultura, mi casa”.

En esta pequeña publicación que tienes entre tus manos hemos recogido las contribuciones que han sido divididas en dos categorías: hispanohablantes y no hispanohablantes. Aquellas participantes que han creado vídeos, canciones y otro tipo de composiciones, aparecen con su nombre, nacionalidad y un código QR para poder verlas y/o escucharlas.

Nos gustaría hacer mención especial a Aliona Saenco, ganadora de la III edición del concurso y que ha querido crear y compartir generosamente un poema antes de marchar definitivamente a su tierra natal, Moldavia, después de haber residido más de 10 años en Madrid.

Independientemente de las ganadoras de esta edición, desde el equipo de la Cátedra queremos dar las gracias a todas las mujeres que han participado con gran valentía para contarnos sus experiencias.

Esperamos que las disfrutéis.

Margarita Planelles Almeida, Juana Muñoz Liceras y Teresa Simón Cabodevilla

Cátedra global Nebrija-Santander

del español como lengua de migrantes y refugiados

Estar sin estar

Aquí y ahora estoy
en un país que no es mío,
en una ciudad que no es mía,
en una casa que no es mía.

Este país que tanto me gusta,
pero no, no es mío.
Esta ciudad que tanto me gusta,
pero no, no es mía.
Esta casa que tanto me gusta,
pero no, no es mía.

Aquí y ahora estoy
con un horario que no es mío,
con un calendario que no es mío,
con un mundo que no es mío.

Y me acostumbro al horario,
pero no, no es mío.
Y me acostumbro al calendario,
pero no, no es mío.
Y me acostumbro al mundo,
pero no, no es mío.

Aquí y ahora estoy
con un idioma que no es mío.
Ni siquiera esto es mío...
Y aunque me gusta tanto,
aunque ya es una parte de mí,
aunque le tengo mucho cariño,
pero no, no es mío.

Todo lo que lo es
viene por las noches
en mis sueños más profundos
y me llama
susurrando,
gritando,
suplicando
que vuelva a lo mío.

A mi país,
a mi ciudad,
a mi casa,
a mi horario,
a mi calendario,
a mi mundo
y sobre todo
a mi idioma
porque sin todo ello
aquí y ahora estoy
y a las vez no estoy.

16 de marzo de 2023
Madrid, España

Aliona Saenco

Regreso

Las ruedas se despliegan. Mi estómago aún está en el aire cuando rozamos la pista. Las puertas de acero se abren y exhalan una bocanada de llanura húmeda. El corredor está vacío. A lo lejos, distingo las puertas invisibles que parpadean. Se muestran rostros, carteles, ansiedades que se confunden con felicidad. Y luego desaparecen. La gente comienza a apiñarse cerca de la cinta transportadora. Allí, entre las maletas que dan vueltas, se despierta la extrañeza de mi idioma.

Seguí por acá.

Atravieso las puertas invisibles. Entonces aparece. Los ojos grises que se esconden entre la gente. Reconozco enseguida sus brazos extendidos de madre pájaro. Sin distancia, el vértigo se aquieta y puedo ver la ternura escalando la autopista. Una presencia que teje lentamente la forma de Buenos Aires.

Marianela Presas, Argentina

Aquel octubre emprendí este viaje,
en pos de un sueño,
dejando atrás todo lo mío,
mi gente, mi perro, mi playa, mi nido.

Oh Caribe, hoy te pienso, desde lejos.
Tras ocho horas de vuelo,
aun en ocasiones con anhelo,
colorido y vívido es tu recuerdo.

Con una maleta cargada llegué,
a una ciudad muy poblada, también.
Ay Madrid, recién te conozco
pero ya para mí,
esto es muy valioso.

Acá no tengo mi casa, ni mi gente,
ni mi perro, pero cosas lindas encontré;
cultura, historia y bellos atardeceres,
han llenado mis días, otra vez.

Mi corazón en la isla dejé
y muchos recuerdos traigo en mi piel;
que fantástica experiencia he vivido
desde que España he conocido.

Nostalgia me da el recordar mi merengue,
mi bandera, las risas, mi gente,
Oh Santo Domingo querido,
yo de ti nunca me olvido.

Ahora mi maleta es diferente,
además de las prendas,
inmensas aventuras y aprendizajes,
forman parte de mi equipaje.

De mi isla hasta el cielo,
mis pensamientos intento explicarles
y así, mi tierra amada presentarles.

Alexandra M. Leslie Soto, República Dominicana

Frontera de Agua

Esa mañana ya no aclaraba
El alba lenta no despuntaba
Recorría un largo pasillo
Miles de recuerdos me asaltaban.

En una maleta de 23 kilos,
a empacar media vida me apresuraba
a embutir recuerdos, los más bonitos
a apretujar sueños me preparaba.

¿Cómo será surcar el cielo?
¿Qué tan azul será el nuevo,
Ese que con mi llanto ya no contemplo?
Una leve angustia se soslayaba.

La autopista no terminaba,
Parecía que más kilómetros
Esa mañana sumaba.
El calor y el sol inclemente me recordaban
Era la “puerta de oro”
La que su hija cerraba.

Subí a aquel halcón de metal y hierros
Mientras cruzaba todo un océano inmenso

Dejando atrás todos mis anhelos
Mi perra, mis amigos, mis amados suegros.
Ni qué decir de mi adorado abuelo
Mis tíos, mi padre y mis libros casi nuevos.

Mi patria me quedaba otra vez debiendo:
Me debía paz, me debía proyectos,
Me debía seguridad y menos muertos
Los que sin querer leo y veo cada mañana en los noticieros
Me debe por lo menos,
juzgar al político inepto.

Despierto a las 9 horas
de un sueño apenas inquieto
Respiro profundo, ya no tengo miedos.
La frontera de agua ya no está en medio
Sigo viva, caminando, sonriendo,
Con fuerzas racionadas
Estoy empezando de ceros.

La vida me pone
de cara a nuevos retos,
Mi salud decreciendo, mis canas apareciendo.
Me adapto, y cada día lo intento
Me apoyo en los hombros de mis amigos nuevos.

Miro atrás y me convenzo
de lo fuertes que nos hemos hecho
Al tener en contra el viento,
Muchas veces sin cama, otras sin el alimento,
Enfrentar la molesta mirada, por no tener el mismo acento.
Muchas veces esclavos de nuestros tristes pensamientos
Otras, soñando despiertos con el día de regreso:
Imaginando largos abrazos y llantos de contentos,
Visitando las tumbas
de los que ahora se encuentran durmiendo;
Contemplando nuestros paisajes
esos que echamos de menos.

Cada suspiro, cada aliento,
Es gota que llena de a poco
un cántaro tan inmenso,
De templanza,
de ganas de no quedar sedientos
De mostrar al mundo entero,
de creerlo nosotros primero:

No hay camino tan maltrecho,
No hay sendero tan inmenso
Sino das tú, el paso primero.

Ena Margarita Gómez Bermúdez, Colombia



***Nostalgia*, Gisela Crimi, Argentina**

CRECER

Creecer...pensaba en esto como si fuera un globo inflándose hasta romperse, crecer duele, siempre lo supe, cuando cumplí 18 años desee crecer rápidamente, busque incansablemente la manera de crecer, sabía que no me había costado conseguir nada de lo que tenía, y que en algún momento debía aprender lo que era romperse para crecer.

Decidí dejar todo lo que tenía y conocía, sabía que en muchos años no volvería a sentir mis playas tan cálidas, no habría más navidades donde ir de casa en casa a abrazar a todo aquel que vieras, incluso sin conocerle, ni reiría por horas con mis amigos de cosas que solo un venezolano entendería; no tenía experiencia en muchas cosas y menos en trabajo, pero sabía que era inteligente y más fuerte de lo que decía mi apariencia delgada y pequeña.

Mis padres tuvieron miedo, pero decidieron confiar en mí, así que tome la poca ropa que podía llevar y me fui, llegue a un lugar tan pintoresco como hostil, donde la maldad sobresalía de aquellas mascararas sonrientes, les parecía algo interesante " La niña inmigrante venezolana", e incluso llegaba a ser divertido para ellos. El trabajo llego pronto, no me puedo quejar, al tercer día de estar en ese lugar ya atendía personas en una pequeña panadería al mismo tiempo que hacia un par de horas en un restaurante; las primeras semanas realmente confié en que podría lograr mucho en aquel país hermano, no era tan diferente al mío al final o eso pensaba, recibimos a muchos de ellos en mi país años atrás, pero al parecer ellos se sintieron invadidos e incómodos con nuestra presencia.

Los meses pasaron y el dolor comenzaba a acumularse, las largas jornadas de 12 horas o más al día, los chistes sobre mi persona, las críticas, los regaños de los jefes y sobre todo el enemigo que dormía a mi lado... y pensé ¿así se siente crecer? tal vez no para todos, pero esa fue mi forma de crecer y hacerme fuerte para lo que realmente significa la vida, pero me di cuenta de que no estaba en el lugar correcto, sabía que había ya conocido la parte mala de crecer y emigrar, sin embargo, ahora, tenía que buscar el otro lado, la otra cara de la moneda, la parte buena.

Fije mi mente en otro objetivo, otro país, uno que me recibiera de una mejor forma, donde dejaran ya de verme como a una niña, y esta vez volé, volé a un país hermoso, con tanta variedad en personas y cultura donde no se detuvieron en mi nacionalidad o lengua, ya pertenecía a ese gran porcentaje de personas que vivían ahí, supe que podría mostrar libremente la manera en la que había crecido, supe que el anterior país solo me había preparado para este, si había logrado soportar tanto, esta vez tendría más fuerza y lo haría mejor, al final ya no era la niña de 18

que no sabía nada de lo bueno y lo malo que podemos encontrar fuera, tenía 20 y sabía que había crecido lo suficiente para volver a intentarlo.

Emigrar una vez es difícil, pero hacerlo dos veces te da ese gran potencial de adaptación a cualquier entorno, aprendes rápido sus palabras, su cultura, su estilo, comienzas a amar la forma en la que dentro de ti van quedando grabadas partes de cada lugar en el que estuviste.

Y un día te encuentras con ganas de salir una mañana y tomar un café en tu bar favorito o comer una paella con tus amigos, de repente en tu boca ya no está un "Dale chamo" si no un "Vale tío"...¿y saben qué? No significa que he dejado mis raíces o mi cultura, para nada, tu identidad ya no es ser venezolano, ahora eres mucho más, eres un venezolano en España, que ha aprendido y evolucionado en una nueva cultura. Siempre seré venezolana y lo mejor de serlo, lo tengo presente cada día, esa facilidad para hablar con cualquier extraño, sentirlo tu amigo tras una conversación, sonreír a todos, y de todo sacar un chiste, todo esto, jamás cambiara, siempre será parte de mí, pero escuchare un villancico en navidad o una gaita, cualquiera de los dos; y mis hijos, aunque no nazcan en su tierra, siempre sabrán lo que significa un "Nawara" o un "Que chevere"

Con los años amas ser como un puzzle, ir añadiendo a tu personalidad y cultura cosas nuevas, deseas más, mirar más, conocer más, todo lo nuevo que puedas encontrar en cada lugar a donde vayas.

Y con 22 años entiendo que la vida te llevara de un lado a otro, cuantas veces lo desee, si te resistes no lograras nada, debemos comenzar a bailar con ella, amar cada lugar o momento al que nos lleve, aprender y no parar de crecer...

Keila Mejías, Venezuela

AL CERRAR LOS OJOS...



Hoy abrí los ojos nuevamente, hoy el sol de invierno volvió a colarse entre los pequeños círculos de las persianas. Seguir con vida a pesar de todo me hace pensar que quizás tienen razón cuando dicen que soy fuerte, aunque no me sienta así.

El amanecer en mi casa comenzaba con un cielo que parecía atardecer, los pajaritos, el sonido de la rueda de los vehículos sobre la calle de arena y los vendedores que madrugaban a ofrecer el "guineo verde" para preparar el "cayeye", un plato que ha mantenido por años el estómago y el bolsillo de muchas familias. El sol abrasador nunca ha sido impedimento para verlos caminar kilómetros y encontrarlos al otro extremo de la ciudad, a pié, incluso de buen humor, admiro su tenacidad.

Yo solía hacer un desayuno sencillo para todos. No aprendí los manjares de mis abuelas pero ellas me enseñaron que un plato de comida hecho con cariño puede ser medicina para el corazón, nunca se los dije porque siempre he sido de poco hablar pero varias veces reconfortaron mi alma. Hoy procuro que no falten los colores en el plato y trato de cocinar con amor aunque ésta vez sea sólo para mí.

Mis primos intentaron varias veces enseñarme a nadar en las cálidas aguas de una playa tranquila, nado como piedra pero aprendí a mantenerme a flote en la vida, la lección más valiosa después de tantos intentos fue, en mis palabras, que "no es cosa nuestra rendirnos". Lo entendí muchos años después.

Realmente hay muchas cosas que quiero olvidar pero en mi memoria elijo conservar la calidez de las personas, la generosidad del cielo en cada atardecer, el lenguaje desenfadado y el tono alegre de esta tierra lejana.

Son cosas que recuerdo de mi casa y mi cultura. Me hacen pensar ahora que todo lo que es efímero tiene una belleza enorme. Hay que abrir bien los ojos y disfrutarlo mientras dura porque al parpadear puede desaparecer y quedar solamente en la memoria.

Jehisel Ruth Ramos, Colombia

Metas derivan sueños

Me despiertan a la vida, a la alegría, me iluminan mi infinita imaginación, reflejan mis deseos más íntimos. Aunque en silencio, en la soledad de mis pensamientos, brotan mis lagrimas al extrañar, mis ojos se inundan y con ellas se aclara la realidad, estoy en otro país que veo realmente al parpadear.

Que emoción siento, no sé si podré, pero sé que lo intentaré, con esas ganas de prosperar, de mejorar eso que tengo y eso que soy. Tengo tantas preguntas para mí, tengo tantas cosas que quiero saber, que no sé por dónde empezar, pero al quererme preguntar mis palabras se quieren atragantar y mi cabeza empieza a trabajar.

Busco mi tiempo para escucharme para entregarme sin condición, sin miedo a la expresión, sin guardar, sin aparentar, que solo yo voy a razonar. Preguntar... ¿por qué me intimidó ante estas personas?, ¿por qué entiendo y no entiendo, si parece la misma lengua?, ¿por qué pienso que esta cultura es similar a la mía en tradiciones y creencias, pero diferente al actuar? ¿por qué siento dolor de cabeza al enfrentar la realidad de estar lejos del hogar?, ¿por qué percibo que no podré?, ¿será que lo lograré?, aun no lo sé, creo que tengo mis limitaciones, supongo que tengo algunas barreras intelectuales, físicas, generacionales, pero creo que lo que más tengo es sed de saber, ambición de conocer y ganas de experimentar en esta cultura mi ser.

Emigrar es una decisión libre, es una experiencia, es un conjunto de palpitaciones que me hacen vivir, me hacen notar que no nada más respiro, sino que puedo aprender y disfrutar. Me genera emociones, sentimientos grandes y pequeños, buenos y no tanto, pero con los que vivo y construyo mi camino.

Me he alejado, sí, pero no he olvidado y cuando siento tristeza solo me rescatan esos pensamientos y reflexiones que me hacen advertir posibilidades y no dificultades y que me dan la fuerza de mis sueños, aunque a veces pueda sentir retiro y desconsuelo.

Mónica Teresa Navia Novella, México

También los pájaros

Iridiscente

Yo sí tengo una casa morrysey

cabaña de cobre en el olimpo

Y me voy

para añorarla

pero a veces,

siento volver

a caminar por las calles

sin mirar Google Maps,

a la familiaridad de la plaza

donde jugaba descalza

otras veces,

más que sentir,

es necesidad

de llevar los vestigios

de mi yo desintegrado

a que mi madre los cosa,

o teja,

según tenga ganas.

También los pájaros

buscan refugio cuando llueve

y ese andar

no anula sus alas,

a veces pierden plumaje

y se desgarran la piel

¿acaso la herida

los vuelve

menos pájaros?

Tampoco el nido

les quita

su condición de ave,

en mi templo hay fuego ardiendo

y un mate con miel

no hay caso, no hay casa

sin eso que se entraña,

particular y universal

ay si lloré ese perico
le escuché decir
a quien le hablaban los ojos
mientras evocaba su historia

mi casa está hecha
de olor a café,
y madre trabajadora,
de un tango sonando,
siempre tango.

Aldana Ratuschny, Argentina

Mi historia

Escuchas, lees, estudias, comparas, analizas, ventajas, desventajas, nos vamos, nos quedamos, cuánto más se puede soportar tanta opresión, despotismo, crueldad, violencia; surgen rayos de esperanza, de cambios... nueva frustración que asfixia y empuja. No hay salida, te armas con el valor que da la certeza de un futuro vil. Sin mirar atrás, te deshaces de apegos materiales y afectivos, partes en búsqueda de oportunidades, dónde la lucha diaria suponga un objetivo factible de lograr, sin más aspiraciones que convivir en sana sociedad. El salto hacía una nueva vida, renacer en un país conocido sólo en teoría, de tertulias cotidianas con panaderos, cocineros, herreros, mecánicos, agricultores, padres y abuelos, aquellos que antes, cómo tú ahora, se vieron forzados a partir de la patria que hoy te recibe. Aterrizas con el miedo que deriva de dejar atrás pertenencias, familiares, amigos, costumbres; desprenderse de todo lo que hasta ese momento inconscientemente se atesoraba en el alma, para empezar de cero.

Renacer en un parto dónde el dolor no aqueja a la madre como si al que acaba de nacer, fuera de su patria, en un lugar tanto bello como ajeno, frío, distante, esquivo. Recién nacido, tal cual, se busca instintivamente la protección y el abrigo ante un sentimiento profundo de soledad y minusvalía, el llanto liberador surge espontáneo a cada momento para vaciar la tristeza, el temor. Con el indetenible paso del tiempo y las ocupaciones, aminoran la nostalgia que nunca deja de atacar. Es hora de avanzar, hay mucho por aprender haciendo, ubicarse, comunicarse, escuchar, hablar, comprender, observar con la agudeza de quien no tiene nada que perder, obligado y necesitado, derecho y deber no hay espacio para más. Nuevas palabras entran en juego sin pedir permiso: Carallo, pataca, fariña, vermello, obradoiro, choiva...Nuevos olores y sabores invaden la cocina, embutidos por doquier, pescados, mariscos, moluscos se juntan en la mesa navideña con hallacas, ensalada de gallina, pernil horneado y pan de jamón; guayaba, parchita, guanábana dejan su modestia y resultan ostentosas en comparación con manzanas, peras, ciruelas, almendras. Nuevas costumbres se hacen presentes, el café de media mañana y por qué no... también de media tarde, una caña, un sonido de gaita Celta por veces triste y por mucho alegre, festividades hasta el galo tiene la suya. Reconoces rostros, la amistad florece abonada con empatía. Las diferencias son pocas y las coincidencias muchas; banalidad y lujo no forman parte del sueño, es más dulce vivir con la emoción permanente de mejores tiempos.

Yaurimar Malave, Venezuela

La bestia que me acecha

El rugido de una bestia herida que provenía de la calle me despertó. Las agitadas vueltas que había dado los últimos días en aquella noria de emociones, me aligeraron el sueño. De la empatía a la impotencia; de la rabia a la tristeza. Pero ese bramido aterrador me llenó el cuerpo de un miedo nuevo. Un miedo, tan helado, como la punta de la navaja con la que acababan de cortar el hilo conductor de mi futuro.

Podía escuchar que la bestia se acercaba, su bramido era cada vez más atronador. Estaba paralizada, pero a pesar del miedo, la curiosidad me hizo correr al balcón. Necesitaba saber qué era aquello que había destruido el pesado silencio, que desde la noche anterior se había anclado en todo el país. Oculta tras la cortina, pude ver al monstruo amorfo que clamaba muerte, no justicia. Lo vi de frente, a los ojos, pues ya no estaba al acecho, ahora vagaba impúdico por la avenida, triunfante con la cabeza erguida, empuñando un verbo cargado de odio y reclamando la sangre de todos aquellos que osaran interponerse a sus deseos. Demandaba mi sangre.

Me escondí debajo de las rejas de mi balcón, al igual que mis vecinos, pero la bestia podía oler el temor, sabía de mi miedo a ser descubierta. Con la certeza de saberse vencedora, aquel ente irracional comenzó a bramar insultos, amenazas, yo era el enemigo a destruir. El miedo se volvió físico, doloroso, los músculos agarrotados no me dejaban mover. Allí, escondida y acurrucada en el piso de la que pensé sería mi casa para siempre, escuchaba a la bestia gritar que vendría por mí.

Acurrucada en el suelo, un diálogo inconcebible me hace girar la mirada hacia la televisión del salón, donde constaté con horror que se estaba restituyendo la barbarie.

Supe en ese preciso instante que no sería capaz de luchar contra aquel monstruo poderoso que se había instaurado en mi país. La certeza me arrojó, tenía que huir de allí.

Han pasado 20 años desde esa mañana en la que me convertí en migrante. Son dos décadas en las que he arrastrado mis pies por calles ajenas, mientras me abro camino entre costumbres extrañas, que a fuerza de repetirlas se me hacen cada día más propias. Lugares lejanos en los que he visto nacer a mis hijas. Ellas que hablan con acentos distintos, me escuchan contar con nostalgia historias de mi paraíso, sin entender muy bien el por qué lo he abandonado.

Algunas veces el espejismo de la rutina me hace creer que la he olvidado. Pero entonces algunas noches, cuando creo estar a salvo, resurge de mis pesadillas el bramido de la bestia que me sigue acechando.

Karla Ron Arévalo, Canadá-Venezuela

¿Y SI EL SOL NO REGRESA?

Me llamo Sol, como la estrella que se ausentó el día que vine al mundo.

Me llamo Sol porque, mi madre creyó que era una forma de honrar su historia y de marcar un destino brillante para su prole.

Me llamo Sol pero me siento como todo lo opuesto.

Sé que tengo una gran oportunidad para mejorar mi futuro y el de mi familia, pero a medida que me alejo de mi país, siento que dejo atrás mi cultura y a ellos. Me preocupa que mis memorias se pierdan en el camino junto a las nubes y que, ya no pueda bajarlas de ahí.

Y me asusta que mi hogar ya no sea mi hogar y, mi identidad se diluya en la distancia.

Porque alguna vez me dijeron que el papel se lo lleva el viento, pero mis memorias también se las llevó.

Y la voz me la dejó a medias.

Por eso escribo. A la antigua.

Escribo el cómo todo pueblo siempre busca un camino hacia la luz.

Escribo también porque ya no tengo papeles. Y que si quiero alcanzarlos, debo alcanzar seguir esa misma ruta: Caminar hacia la luz.

Solo que ahora vuelo junto a esperanzas ajenas pero con una angustia tremenda.

La psicóloga intenta ayudarme a sanar. O eso es lo que dice.

Me dice que practique frente al espejo y así el pánico escénico se irá algún día.

Pero mi problema no es ese. Mi problema es el pánico que me causa el contar mi historia, la de mis padres o mis abuelos. Porque, ya ni siquiera sé si hay una. Ya no sé si quiero oírla. Algo de alivio me daría el saber que, tal vez, no me la contaron bien.

Pero sé que el problema soy yo.

Que soy yo quien no puede contarla porque, recae en mí darle otro enfoque. Es mi deber darle una nueva luz. Pero, ¿qué haré si vuelve a repetirse?

A veces me cuestiono el porqué escribo a pesar de que conozco la respuesta: Escribo por aquellos que yacen sin voz. En una fosa bajo tierra y un epitafio en la sierra.

Me despido con lágrimas en los ojos, sabiendo que esta partida es una apuesta.

Tengo mi mano sobre mi corazón y puedo sentirlo acelerarse mientras el avión despegue. Me dice que si me voy, tal vez nunca volveré. Y es que así como no puedo garantizar que allá me quede, tampoco puedo hacerlo con volverlos a ver.

Y ese es el riesgo que debo correr.

Pero lo único que anhelo es llevar siempre conmigo mi casa. Porque es más que un lugar, es una sensación. Es la calidez de mi familia, sus alegrías y sus penas, la sangre derramada y la venidera.

Me llamo Sol o Inti, dependiendo de la historia que alguien quiera conocer.

Y aunque el camino sea incierto, sé que ellos siempre esperarán por mí.

Y yo siempre anhelaré el ver el mismo sol que ayer.

Intabay Alexandra Hualpa Vega, Perú

Vuelo infinito

Abrazaba la soledad como única compañía, como un pajarillo que nació para vivir en la jaula del poder ajeno, sin fuerzas, sin armas, porque no sabía que el enemigo existía.

Me lo encontré un día en que salí de mi jaula cerrada al descuido. Él también tenía su jaula, pero de oro. Buscábamos calor sentados en un témpano de hielo. Nuestras alas se enredaron en un puro abrazo para volar bien alto y hacer nuestro propio nido tibio lleno de ilusiones y, las encontramos en algún lugar recóndito de nuestras vidas, volando sin descansar.

Él con su pico quitaba las plumas torcidas de mi cuerpo, y yo a él. Juntos, como lluvia fina, cantamos una melodía desconocida, nacida desde el alba de los sueños, mientras yo en mi nido cobijaba a nuestros futuros pajarillos, y él volaba lejos para traer hojas secas de eucalipto arcoíris, y poner en mi pico mis semillas favoritas. Yo le pedía que no se cansara tanto buscando eucaliptos arcoíris, que todos tenían el mismo aroma, pero me decía que por ser el árbol más colorido del universo, lo merecía.

Llegó el gran día.

Aprendimos a volar fuerte, y que nuestros cantos tocaran las fibras de nuestros pequeños hijos, y aprendieron con el tiempo a volar más lejos aún, donde sabíamos que habían primaveras.

Un día, con las únicas fuerzas que le quedaban, lo escuché cantar su última melodía.

Me acosté en nuestro nido, con el recuerdo de su dulce melodía. No había derecho, era injusta tanta soledad. Mis pajarillos no lo admitieron, y fueron a mi rescate. Ya sin fuerzas, me animaban a volar con ellos a las estaciones definidas, y me entregaron la mejor de las primaveras. Poco a poco, volví a cantar cortas melodías compuestas por un coro de nuevos pajarillos revoloteando desde el nido gigante que habíamos creado, creía yo.

Temblaban mis alas cansadas de volar, pero el entusiasmo me sobrepasaba con esa música primaveral. Poco a poco me integré al coro. Mi pajarita y su pareja, buscaban mis semillas preferidas. Me enseñaban las nubes de alegría que nunca había visitado.

Mi pajarita me regaló su trono en la rama más alta del abedul, donde recibía los primeros rayos del sol y, revoloteaba de gusto a mi alrededor.

Mis nuevos pajarillos me ofrendaban borbotones de burbujas de ilusiones junto a sus padres para creerme en mi nido dejado atrás y ya deshecho por el viento.

En cada amanecer, peinaba las plumas torcidas de los pajarillos y, me hacía feliz verles retomar nuevos rumbos con sus cantos en ciernes, plenos de gozo, alertándoles siempre de los gatos cazadores.

Tanto lo creí, que sin darme cuenta hacía daño al nuevo nido por estar a destiempo, usurpando sin querer otro nido al que en realidad no pertenecía.

_¡Déjalos! ¿No entiendes que los pajarillos necesitan revolotear libremente! _ sonó en mis oídos como un pitido ensordecedor.

_Pero, yo sólo...

Ahora vuelvo a estar enganchada con mi ala izquierda, en el holocausto de la desesperanza.

Natividad Martinez Cabrera, Cuba



Luisa Elena Cándida Tortolero, Venezuela

Caparazón



Yo era una dulce niña que con pies descalzos caminaba sobre la tierra fértil, en el río dulce me sumergía con mis hermanos, y por las noches danzábamos alrededor del fuego. Yo era de la selva, con libertad de correr junto a los animales, escuchar el canto de las aves y construir una casita con flores de colores. Un día se acercó mi abuelo con una cámara analógica, mi curiosidad fue tan grande que todo el día me pase aprendiendo sobre fotografía; sabiendo que podía capturar momentos eternos con mi familia. Dentro de mí entendí que eso era a lo que me quería dedicar en el futuro, porque las fotografías son recuerdos que ya no están, pero que podemos recordar al verlas.

El tiempo pasaba cada vez más rápido y yo dejaba de ser una niña para convertirme en una mujer de 18 años, fuerte, aventurera y sin miedo a nada. Una noche de noviembre tomé el avión, con miedo, dudas, incertidumbre, no quise mirar atrás. El despedirme de mi familia sin duda era de las cosas más duras que tenía que hacer, porque solo me quedaba aceptar que ya no estaría más con mi familia, mi mascota, mi casa, y los lugares en donde un día crecí y fui feliz. Como decía mi querida abuela, el que no arriesga, no gana.

Llegué a la ciudad de Madrid, abrí mis ojos y el avión despegaba después de unas largas horas de vuelo. La ciudad era grande, todo me resultaba extraño; incluso el clima de la que fui testigo por primera vez. No pertenecía a ningún lugar, ni encajaba con nadie, la comida era diferente, las amistades, las calles. Yo seguí mi camino y empecé a crear un caparazón para protegerme de los que me querían dañar, y de las situaciones en donde fui totalmente ignorada, por mis raíces y por mis creencias. Tenía conmigo una vieja cámara con la que podía distraerme, en mi caparazón crear un mundo solo para mí, en donde me sentía segura; como esa niña que jugaba entre las ramas del bosque húmedo. Nunca me afectaron tanto unos comentarios, hasta que vi la otra realidad. Me hacían preguntas como: ¿En tu país existen coches? ¿En tu país hay tiendas de ropa? ¿En tu país también hay restaurantes gourmet? nunca quise debatir, ni hablar de quien vestía mejor o quien tenía más dinero. Para mí todos somos iguales, que importa quien tiene más dinero, el color de piel, el país donde provengan. A mí me importa el respeto, los valores, la educación. No les culpo, ellos no saben lo duro que es dejar tu país, tu casa y tu familia.

Yo siempre fui una chica sensible y humilde, me gusta compartir lo poco que tengo con los demás. No vengo de un estatus alto, más bien de clase media y donde me enseñaron la humildad, ante todo. Gracias a eso soy la mujer que soy, con caídas y resbalones me he sabido levantar de muchas cosas como estas. Pero ahora soy fuerte, y a pesar de que me han cerrado oportunidades por mi nacionalidad nunca me rendí. Conocí mucha gente de mi país que sufrieron cosas peores, y me sentía identificada en algunos aspectos, pero yo quería demostrar que todos tenemos metas por cumplir, que no debemos rendirnos. Donde quiera que vaya, existe mi caparazón que me protegerá de todo.

El patio de los sueños

Cuando estuve ahí, en el patio de los sueños,
imaginaba que estaba en otro país,
que yo era otra persona, desde la raíz.

Yo era solo una niña y aquel patio
era solo tierra, árboles
y palmeras llenas de cocos,
pero pasaba ahí tanto tiempo,
que mis padres se volvían locos.

En ese patio fui cantante,
modelo, pirata y conquistadora,
leí más de treinta libros y estudiaba a toda hora,
enterré a mis mascotas, expuse mis anhelos
y cuando finalmente me fui, lo extrañaba,
era la causa de mis desvelos.

¿Cómo era posible, pues?

Que, en ese pequeño patio, donde creé
mi mundo imaginario, yo era otra y tenía otro hogar,
pero cuando el exilio se volvió real,
yo imaginaba volver a ese mismo lugar.

Ahora estoy en otro país, en un encierro
donde las casas tienen números
y hay balcones con hierros,
donde no puedo tener un patio en mi piso
y no puedo salir, si mi patrón no me da permiso.

Donde ni siquiera dando todo de mí,
puedo ser tratada con dignidad
porque todo lo resumen a una nacionalidad,
donde sí no soy de piel blanca y no hablo
el mismo español que ellos,
entonces soy una tonta que no tiene destellos.

Donde siempre me miran mal
y me cuestionan porque estoy aquí,
pero son indiferentes e insensibles
cuando les digo por qué fue que hui.

Sí, hui. Pero no porque quisiese,
sino porque había ciertos matices,
que creaban situaciones muy infelices;
pobreza, inflación y dictadura,
obligados a dejar nuestros amigos y familia
sin vergüenza o sin victoria segura.

¿Qué es lo que más extrañas? Me preguntan,
y a veces no sé qué responder,
porque para hacerlo tengo que retroceder
a cuando era feliz y no lo sabía,
en aquel patio de Nicaragua, lleno de alegría.

Donde anexé cada sueño a mi lista de metas,
donde descubrí hasta un nuevo planeta;
en el cual fraguaba mis esperanzas de poder
convertirme en una mujer defensora de mi nación,
aunque sus líderes no tengan corazón.

Cuando migrar no era de mis peores pesadillas
porque estaba ocupada observando las maravillas
de ese patio en el que concebí,
la mejor versión de mí.

Nicaragua es pequeña,
pero en mi patio yo grande la soñé,
y hasta el día en que regrese,
en mi corazón la guardaré.

Esther Roberts, Nicaragua

Las noches sin luz

Desde aquí
el sol cuando sale
no calienta
el aire huele a perfume floral y a tabaco
las vitrinas están iluminadas con pastelitos
que no había visto nunca

en las noches
puedo recorrer las calles
con seguridad
puedo volver a enamorarme
perder todo el amor de nuevo y
amar otra vez
fogonazos de brisa
entran por la ventana
el cielo está azul
y los pájaros hacen fuerza para seguir
con su vuelo

algunos días
tengo paz
casi siento que me deslizo por el aire
otros días
en cambio
el desasosiego regresa
se acuesta al lado de la cama
a veces encima
y me arrastra
al más tenebroso
y oscuro lugar
de la memoria

me obliga a cerrar los ojos
a recordar los apagones que
a veces duraban dos noches

me sentaba junto a mi abuela
jugábamos stop con la iluminación
de una sola vela
afuera todo se ponía en silencio
el ruido solo existía dentro

en la preocupación de que llegase alguien
a hacernos daño
de vez en cuando escuchábamos sonidos en la puerta
los pasos de alguien recorriendo las calles
y luego, gemidos de dolor
a causa de heridas o atracos

ese era mi hogar
y desde aquí
no puedo verlo
decidí dejarlo
decidí el exilio
vivir sin miedo
la libertad
aunque ahora no sé cómo usarla

entretanto
hace dos días, que aquí
una mosquita quedó atrapada en la habitación
le dejo la ventana abierta
para que se vaya, con todo, no lo hace
pienso que soy como ella
pequeña
silenciosa
triste
sin nadie
en la búsqueda de un lugar en el
que habitar
un lugar donde se pueda quedar
ya no intento sacarla.

Mónica Lucía Agudelo, Colombia

“Mi nombre es resiliencia”

Desde el otro lado del océano todo se veía más bonito,
Casi como un sueño idealizado,
La promesa de una vida mejor en un lugar lejano y desconocido.

Empezar de cero era algo que sentía que me debía,
Y España se convirtió de pronto en mi próximo destino.

Por curiosidad crucé más de una frontera, física e imaginaria...
De la confianza al miedo...
Dejando atrás mi hogar, mi familia y todo lo que me era conocido.

Lo que nadie te cuenta, es que empezar de cero es casi tan doloroso como un clavo en el tobillo.

La esperanza de mi espíritu fue lo que me mantuvo en pie,
Cuando la vida empezó a hacerme añicos,
No porque no tuviera problemas antes, sino porque al lado de mi familia, todos los problemas se me pasaban rapidito.

Han sido 1095 días desde que me fui, y ningún día he dejado de extrañar el sol incandescente de una mañana en mi Cartagena de Indias,
los patacones¹ de mi mamá, o las conversaciones con mis primas y tías un domingo en la puerta.

Fue mi elección, a mi nadie me perseguía, yo elegí salir porque mi espíritu lo pedía.
La decisión me ha costado lágrimas, orfandad, soledad, y muchos desafíos,
al mismo tiempo, en Madrid por primera vez pude decirme a mí misma...
¡Tati gusto en haberte conocido!

Al salir de mi sombra personal, descubrí una realidad que se abría frente a mi,
Mi crisis de identidad y duelo eran la misma cara de mi progreso.
Y fue así como empecé a darle una vuelta a la forma en la que percibía el mundo.

Me volví tan parte de Madrid como el oso madroño y el parque El Retiro,
En esta ciudad descubrí mi voz y conocí a mis amigos,
personas increíbles que me ayudaron a no perder la cabeza en medio de tanto lío.

Nunca olvidaré de donde vengo. Sin embargo, sé que este lugar es mi presente y futuro.

Hoy solo sé que quienes escogemos ser migrantes,
Escogemos esta prueba de fe y de resistencia,
resistencia, por la que hoy te digo, que mi nombre y tu nombre, es resiliencia.

Tatiana Buelvas Baldiris, Colombia

¹ Patacones: palabra empleada en la Costa de Colombia para describir los tostones de plátano frito.

¿Quiero regresar? ¿Debo regresar?

Érase una vez: Cruzar el océano parecía un sueño y una aspiración que demostraría mi potencial. Con una maleta llena de esperanzas, de recuerdos y tesoros que me recordarían siempre mi patria, un día dejé la tierra que me vio crecer. “Es el peor tiempo para muchos, pero el mejor para ti”, son las palabras de motivación que mi madre me dijo antes de partir en medio de la pandemia. Ya han pasado más de dos años y la historia del plan anhelado ha cambiado de narrativa. Me encontré inmersa en una lucha interna por mantenerme fiel a mis raíces, un corazón solitario sin tener a dónde recurrir por los kilómetros de distancia y mil dudas sobre mi futuro.

He despertado: Llegar a Europa representaba todo aquello categorizado como “triumfo”. Sin embargo, estaba en una tierra que, a pesar de hablar el mismo idioma, parecía hacer oídos sordos a mis ideas. La etiqueta de “mujer de color” pesaba sobre mi existencia porque eso que llamaban exótico y deseable, solo era un distintivo de no pertenencia. En un mar de incomprensión, la vida me permitió conocer almas perdidas como la mía... otras mujeres que habían migrado por un sueño desde todo el Sur Global.

El tiempo y el espacio: Las horas de diferencia y la distancia se convierten muchas veces en enemigas de los lazos humanos. Las horas pasan y muchas veces no puedo dormir, los pensamientos de todo lo que puede pasar del otro lado del mundo mientras duermo me atormenta. Se necesita amor y compromiso para mantenerte vinculada a quienes son tus motores para seguir. Mi vida es un paralelismo constante, entre mantener mi hogar de nacimiento y el que he construido por independencia.

Caja de recuerdos: Extraño tanto mi tierra, la que solo estando fuera he aprendido a valorar. Cuando pienso en riqueza solo puedo pensar en la calidez de la gente que me espera en mi país, los colores en los barrios, la fortaleza y los sueños de muchos quienes día a día trabajan por su futuro. También aquí he creado vínculos e historias que han marcado mi trayecto de vida. Son esas personas, en especial otras voces de mujeres, las que me mantienen con esperanza y con fe en que voy a encontrar mi lugar aquí. A ellas las llamo *ñañas*, hermanas en kichwa, lengua indígena adaptada al habla común que me mantiene conectada a mi tierra.

Recordatorios: Veo las noticias, hablo con mi familia y solo puedo darme cuenta que cada vez la situación es más difícil. La delincuencia, los femicidios, la corrupción, la violencia, la pobreza... hacen que la vida sea invivible para muchos. Pero yo estoy en mi nueva burbuja, viendo todo como una espectadora. Quisiera volver, pero la tranquilidad para caminar en la calle y, las puertas hacia nuevas oportunidades y experiencias me mantienen en un limbo. Respiro... y me vuelvo a levantar para empezar un nuevo día en una tierra extraña que espero algún día sentir como mía.

Paula Nimbriotis Manzur, Ecuador

Maleta de un corazón migrante.

Dejé mis calles, poemas,
mis cenas en familia, mis plantas.
Dejé amores, libros, novenas,
mis abrazos, mis danzas.

Ahora ando una maleta llena de recuerdos,
de risas y penas, de dulce almíbar.
Una maleta revuelta de logros y desaciertos,
de ácida mandarina, de frases por enunciar.

Estudiante de una mochila de sueños;
ilusiones botánicas y de artes caribeños.
Acompañada de cielos ardientes por la ciencia,
y duelos sociales por la justicia.

Desprender invade en nostalgia;
una tormenta convertida en lágrima nocturna.
Ser migrante, abriendo camino taciturno,
a la espera de la buena nueva producto de la constancia.

La soledad y la esperanza en una maleta,
a paso soñador, con corazón trabajador.
Saboreando lo desconocido, entre nuevos ritmos,
abrazando los resultados.

Voy cubierta de agüita de coco,
e imaginando bailes de marimba.
Acurrucada en la banderita de mis memorias,
en la nube blanca y cuadros azules.

Reforzada por el amor familiar
y los buenos amigos.
En el soñar del fruto del empeño.
Gracias a mis manos podré llegar lejos.

Sabia Wolf sobre una habitación propia,
...y como hija de la Pachamama
¡Seré mi hogar y un sendero propio!
¡Seré un mundo propio en libertad!

Muriel Amparo Ríos Novoa, Nicaragua

La ola

Si tuviera que explicarle a alguien que nunca ha salido de su tierra cómo se siente emigrar, ¿Cómo lo haría? Es un asunto truculento, hay que ir con cuidado para no parecer mártir ni caer en dramatismos, la experiencia me ha enseñado que, cuando se habla abiertamente de emigrar, más de una persona te cuestiona (incluso sin ningún tipo de malicia), por qué has elegido hacerlo, como si un abanico de opciones existiera justo frente a ti pero tu hubieras elegido la más complicada.

La referencia más simple y obvia que se me ocurre es que es como haber vivido toda tu vida en la misma casa, con los mismos muebles, y la misma distribución de habitaciones que podrías recorrer con los ojos cerrados. Cuando te despiertas, el reconocible aroma del desayuno te balancea, escuchas cada sonido y cada paso en el pasillo y puedes decir fácilmente de quienes se trata; la risa, el canturreo, la pereza, todo llega a ti de la misma forma en que han llegado todos los años, y es entre los hábitos y tradiciones que se hila tu vida.

Sin embargo, un día, una gran ola se estrella contra las ventanas de tu mundo. La ropa raída que heredaste de tus primos o hermanos, las fotos de tu infancia que odiabas, los tesoros familiares que tu madre guardaba con tanto ahínco, tus libros y viejas notas, todo se hunde, tu pasado se hunde en un presente que no quieres vivir, y de pronto lo único que puedes hacer es tomar lo poco que queda (y que no pesa), meterlo en una mochila prestada y salir de allí, porque no sabes si otra ola viene en camino, y no hay nadie que pueda asegurarte que no sea así.

En cuanto te echas al mar en una embarcación que apenas se mantiene a flote, la pesada y utópica tarea de hallar un lugar alto, donde las olas no lleguen nunca más, cae sobre tus hombros. Comienzas la búsqueda de un sitio seco, desde donde puedas enviar una carta de esperanza a los que dejaste atrás, en la que diga: *todo estará bien, volveremos a construir lo que teníamos*. Pero no se sabe. La bendita certeza no le concede favores a muchos, y a un inmigrante se la niega con ahínco.

Así es emigrar, un manojo de preguntas y temores, sueños latentes y esperanzas húmedas. El dolor y las memorias te acompañarán al lugar que llegues, adquirirás nuevas formas de hablar para que todos te entiendan, tratarás de construir cimientos parecidos a los de tu vieja casa, y cada que te encuentres con alguien como tú una alegría inexplicable hará reír a tu corazón, no obstante, aún al pie de tu nuevo hogar, una pregunta siempre estará haciéndote sombra: ¿Si una nueva ola llega, podré hacerlo todo otra vez? Y la inquietud de tener que vivir sin la respuesta, no es algo que pueda ser explicado.

Mariana Valles, Venezuela

«Teorema del migrante»

Despierto por las mañanas con el mismo pensamiento y sentimiento de aquel día que tome la decisión de cruzar el charco como lo dicen aquí; trato de entender y de no confundir mi lengua para encajar en este nuevo mundo; sobrellevando día a día la tristeza y la melancolía al no tener cerca a mis seres queridos; intentando mostrar sonrisas que opacan la pena y el dolor que puedes llegar a sentir por una milésima de recuerdo. Sabes que están allí; que a pesar de que las distancias nos separan, hay un pensamiento y un sentir que nos unan.

Noches enteras sin dormir que se hacen evidentes por unas pupilas dilatadas; confabulando con pensamientos lejanos de un amor a distancia hacia mis amigos, mi familia y todos quienes hacían de mis días un vivir diferente; son secuaces que han llevado a mi cabeza miles de hipótesis que me he planteado para tratar de encajar de forma congruente sin olvidar las raíces de mi cultura. Ya nada es igual, la decisión fue tomada en su tiempo y con la firme convicción que todo va a estar bien.

¿Ser fuerte? Es parte de mi formula, pero donde encontrar esa fortaleza necesaria para separar un corazón y un pensamiento de mi alma; fallo número uno a mi propuesta la misma que continua en estudio.

¿Volver? Es la pregunta del día a día; con firmes teoremas que intentan resolver si es la respuesta que logre llenar el vacío que existe en mi corazón; es la proposición cuya verdad quiero demostrar, tratando de disuadir mis pensamientos y ordenar los latidos de mi corazón para entender el propósito por el cual estoy aquí; en tierra desconocida que en poco tiempo me ha dado más de lo que creí que podía merecer.

¿Recordar? Me ayuda a no olvidar; muchas de las veces con buenos resultados esperados, pero con la única falencia que se diluye al abrir los ojos, sentar los pies en la tierra y mirar a mi alrededor; mi casa ya no es la misma en la que crecí, pero mi hogar acaba de comenzar.

Lejos de todo lo conocido, con una lengua muy semejante a la mía, aunque con tono y jerga distinta hacen que esta cultura muy variada sea un gran aporte a mi crecimiento personal; pasan los días y despierto en mi realidad, sé que no estoy en casa, pero es aquí donde esta mi hogar.

Concluyo el presente avance a mi teorema indicando: migrar lejos de casa es una decisión compleja y delicada; que, aunque creas en algún momento que no fue la opción adecuada; tienes la opción de ser fuerte, de volver las veces que sean necesarias y recordar que tu lengua, tu cultura y tu casa están a un segundo de distancia en tu mente y corazón.

Elisabeth Espinosa, Ecuador

SALIENDO A INMIGRAR

Lleno de ilusiones y sueños saliendo a
Inmigrar

Surcando por el aire, cruzando el
inmenso océano azul, dejando media vida
dejando amores, vivencias que desgarran el corazón

tan solo sentir que dejo todo mi ser
mi alma llora sin poder calmar
mientras mis pensamientos sedientos van tras
mis sueños.

Oh tierra querida cobíjame con mis
sueños, con mis ilusiones, con mi amor.
mientras pongo mis pies en tu hermoso
manto geográfico

siento el calor de tu querer y empiezo a
enamorarame, quedando hechizada,
embelesada por tú dulzura y encanto
que atraes con destreza y agresividad
sin darme tregua.

Osada doy cara aprendiendo a quererte.

Mi audacia si valió la pena.

Tu orgullosa sabes que te miran, que te
sueñan, que te aman.

Abre tus puertas, abre tus ventanas
deja que el mundo te mire, te ame,

que beba de tu rica sabía que se nutra
de tu saber.

No dejes que la indiferencia arrebaté mis
sueños y de miles más.

No te mendigo solo pido oportunidad.

Desde el momento que comencé a
mirarte, decido no dejarme romper el corazón,
menos mis sueños.

Si fuerzas tuve para cruzar el océano
por ver tu belleza, más fuerte estoy
para acariciarte el alma
dulce y hermosa tierra.

En el silencio solo hay muerte y yo estoy aquí.
Abre tus puertas para entrar como el aire que respiras,
para acariciarte el alma
brindándote mis sueños, mis ilusiones, mi saber.

Que esas puertas se abran y el mundo
se entere que miles más existimos,

No se pide caridad, lo que se pide es oportunidad.

La esperanza es que habrá un nuevo amanecer
y el sol brille más, abrazando al mundo
y tu lucirás más bella saboreando el eco
de las risas de quienes te aman.

Isabel Ore Marreros, Perú



Como las hojas que se lleva el viento

Déjame que te cuente mi historia.

Te voy a robar solo unos minutos.

Solo te pido que me brindes unos instantes.

¿Tú sabes qué significa ser inmigrante?

Hay una herida que tengo desde hace tiempo.

Sangrando y latiendo; se llama destierro.

¿Tú sabes cómo echar raíces en el desierto?

Bajo el sonido de un lamento, escribo.

A la sombra de Arvo Part, suena: "Spiegel im Spieglm".

Te cuento:

Nací al sur del mundo en tiempos turbulentos.

Mis orígenes son muy diversos.

Soy hija, nieta y bisnieta de migrantes.

Por mis venas circulan desarraigados infinitos,
historias de naufragios y soledades.

Crucé la frontera por los aires.

Con la nacionalidad cambiada,

sola,

muy ligera de equipaje.

Como inmigrante de primera clase,

¿de qué podía quejarme?

Mi acento me delataba,

aunque el idioma era el mismo.

¡Qué diferentes sonaban las palabras!

¡No entendía nada!



Otros eran mis cielos, mis costumbres, mis andares.
Con mis 20 primaveras y toda una vida por delante
comenzó mi vida de extranjera.

Después de haber dejado una vida,
familia, carrera, trabajo y grandes amistades...

La duda, te invade:

¿Valía la pena?

¿Dejarlo todo por un sueño?

¿Acaso vivir dignamente es algo inalcanzable?

Por eso, te pregunto:

¿Sabes cómo echar raíces en el desierto?

¿Puede sobrevivir un jazmín solo del aire?

Cuando los nutrientes de tu tierra
ya no puedan sostenerte...

¿A qué puedes aferrarte?

Y es que algunas preguntas
son como las hojas que se lleva el viento.

Giran y giran por la brisa, constante.

Y aunque pase el tiempo,
siguen siendo

como hojas que se lleva el viento.

Mi barco sigue navegando a la deriva
como una mota de polvo suspendida en el aire.

Me dejo llevar por las corrientes
o por la belleza del nuevo paisaje.

Nadie deja el paraíso...

¿Cómo se puede echar de menos
un lugar tan cruel y salvaje?

¿Cuál es mi casa?

¿Los aromas de mi infancia?





¿La imagen de la nona
preparando los ravioles caseros?
¿Las historias de mi abuela mestiza
contando sus historias en guaraní?
¿La morriña de mi abuelo
hablando de su huerto de cachelos?
Todos ellos
con la mirada perdida,
en las imágenes de otras tierras,
de otros tiempos,
bailando al sonido del dos por cuatro.
El calor de un hogar que nunca existió.
Y es que algunas preguntas
son como las hojas que se lleva el viento.
Los recuerdos se desvanecen.
Se difuminan los contornos
como las acuarelas al agua
y se mezclan con las lágrimas.
Me despierto por la noche
y escucho tu voz entre sueños.
¿A dónde vas?
¿Cuándo vas a volver?
Y es que algunas preguntas
son como las hojas que se lleva el viento.

Alejandra Venturini, Argentina





Thrixia García Tabio, Cuba

Somos así

Soy de una ciudad que se llama la “Perla del Norte” o la “Ciudad Verde”, es una ciudad tan bonita con los colores de las flores naranjas, rosas, amarillas y tan verde por el árbol cují donde se podía descansar del calor.

Mi casa en Cúcuta olía muy a nosotros, a mi familia. Al olor de una vida muy buena y tranquila. Cuando estábamos en casa, los días pasaban muy rápido, porque estuvimos muy bien. Nuestra casa era grande, cómoda y bonita, cada detalle estaba hecho con amor. Yo disfruto mucho de observar y encontrar belleza en cualquier cosa, ¡y así hice mi casa! Parecía una cabaña, llena de recuerdos, de risas, de alegría y de amor que siempre nos acompañaban. Tuve un jardín que olía a mates y flores, y animales que se revolcaban en la tierra. Había palmas, hierbas, y a veces me decían que debía recortarlas, pero yo no quería, porque me gusta sentirme libre, con mis flores silvestres. Además, la casa olía a pino, ya que detrás de ésta teníamos un pino muy grande. Luego lo transportamos en una maceta, la casa olía a fiesta. Ahora se ha secado... A veces pensábamos que la casa era muy pequeña para nosotros, sin embargo, los niños no querían cambiarla, porque ahí estuvieron muy unidos.

Nunca había pensado en irme de mi país, de mi ciudad y la casa que construí junto a mi marido. Incluso cuando me casé, mi pareja tenía la posibilidad de ser trasladado a otro departamento por su trabajo, pero le dije que yo no me movía de mi ciudad. Así se fue, y él nunca trabajó en otro lugar, siempre en Cúcuta. Viajábamos mucho por el país, conocimos lugares preciosos.

No obstante, no pudimos despedirnos de nuestra casa. La dejamos como si volviéramos el día siguiente, hicimos las camas, pusimos las sábanas frescas, regamos las flores, cogimos los documentos y la pintura de mi hija pequeña. Cerramos la puerta. Desde entonces no volvimos a ver nuestra casa. Está cerrada, porque no hay oportunidad de que alguien cuide de ella. Las flores están secas, los perros ya no vienen a destrozar mi jardín.

No hablamos mucho de la casa, porque eso nos duele. Sé que mis hijos echan de menos sus cosas, sus vidas en Cúcuta. Ellos salían a jugar al fútbol. Tenían muchos amigos. La niña siempre dibujaba, tenía lienzos por todas las habitaciones, escribía cartas y con ellas decoraba la casa. Cada rincón estaba “sellado” con nuestro amor y cariño.

Cuando llegamos a España, cargamos una maleta de amor y abrazos. Sabemos que si alguien de la familia está mal, con un fuerte abrazo y las palabras cariñosas se puede aguantar cualquier terremoto. Pueden ocurrir guerras y catástrofes, pero mientras que mi familia está junta, podemos superar todo. Nuestra conexión, fuerza como familia es lo que creció en nuestra casa de Cúcuta y es lo que mantenemos para siempre en cualquier lugar del mundo.

Clismar Amarilis Rangel Cabrera, Colombia

Querido diario:

Nunca antes hubiera imaginado que tendría un diario, pero cuando el alma parece desgarrarse, no queda más que escribir.

A veces no creo ser yo la que habla, creo que es la niña lastimada que hay dentro de mi, que intenta darle consuelo a la adulta que soy y mejor que nadie puede comprender mi dolor porque no le pone el sobre razonamiento al que los adultos estamos acostumbrados. Solo ve mis ojos, escucha el tono de mi voz, ve mi manos temblar y entiende el dolor más allá de mis palabras y termino rota y consolandome.

Y es que siento que es poco, cuando digo que

Quisiera tener un lugar al cual regresar

Un lugar al cual llamar hogar

Quisiera volver a mi pueblo, cruzar la esquina de mi cuadra y que mi mamá desde lejos grite - ¡llego mi hijita!- como otras veces ocurrió

Quisiera escuchar a mis sobrinos decir -Tía Karito, tía Karito ¿Qué me trajo ?- Pero probablemente cuando los vuelva a ver, ya serán adolescentes.

Y quisiera poder ir en la noche frente al mar y rerime con mis amigos de infancia hasta el amanecer, pero debo aceptar que ya no habrán estos amaneceres, que ahora solo estan anidados en mi memoria.

Ahora estoy a más de 8000km porque un día me tocó escoger entre la guerra, el hambre, la desesperación, la falta de oportunidades, la soledad, los sueños y volver a aprender a ser.

Sin duda, escogí la soledad, los sueños y aprender, de nuevo ,casi todo, cual si fuera una niña. Aprender como funciona el transporte público, los horarios de la comida, otro idioma, como cruzar la calle, entender que no hay tiendas en los barrios, que no puedo tener los mismos sabores en la comida, que no debo asustarme con el sonido de los cuervos, protegerme del invierno...

Mi alma tuvo que resignificar la soledad, tanto voluntaria como involuntaria. Y aún no aprendo a hacer nuevos amigos. Pero aquí estoy, aprendiendo a expresar mis emociones para no hundirme con ellas y poder disfrutar lo que ahora hay frente a mi.

No puedo romantizar la dualidad de mi alma, aunque quisiera. Quisiera escribir poemas, cuentos de resiliencia, pero me pregunto ¿Habrá algo más hermoso que la verdad? La verdad sin artilugios, sin endulzamientos, sin reparos... Ante algunos puede ser cruel, pero, la verdad nos hará libres, vengo escuchando desde pequeña. Y la dulce libertad siempre tiene una historia de una fuerte lucha atrás.

Antes le tenía miedo a la reencarnación porque pensaba que no podía volver a pasar por el dolor de la guerra, el asesinato de mi padre, la depresión, los abusos... Pero, ahora creo que la reencarnación solo es una oportunidad de que todo salga mejor, pues ahora sé que hay otras formas más dignas de vivir.

Pd : Quiero abrazar a mi madre.

Girlessa Arango, Colombia



Sin nada, Leidismar Jiménez Mendoza, Venezuela

COLLAGE CUATRO ESTACIONES

El otoño era muy grato para Alicia. Había venido de un país pacífico y soñador, de una ciudad rodeada de montañas donde el contacto con el aire frío le había sido familiar y quizás por eso apreciaba también el invierno de Madrid y no le gustaban para nada sus calores del verano, pero escuchar y hablar su propia lengua le hacía sentir que éste era su lugar.

Cada mañana era un desafío. ¿Cuántas camas lograría arreglar en el hotel? Cuántos baños dejaría como espejos? ¿Cuántos metros cuadrados de aspiradora alcanzaría a completar?

Terminado su trabajo retiraba las revistas usadas que dejaban los clientes y se las llevaba a casa en lugar de tirarlas y en el largo trayecto de autobús que le tocaba de regreso, iba leyendo y buscando las imágenes más coloridas, las más bonitas, porque con ellas fabricaba sus propias estaciones.

En posición de loto sobre su cama de noventa centímetros, alisaba una gran cartulina e iba pegando en ellas el título:

“Reencuentro familiar en primavera”. Y recortaba niñas de la edad de sus hijas y las pegaba junto a pelotas brillantes, columpios y juguetes hermosos. Así le quedaba un otoño pálido pero brillante.

Empezaba otra cartulina y otro título:

“Vida familiar en invierno”. Y fabricaba su collage recortando y pegando abuelos que llevaban a las nietas a la escuela, todas con mochilas nuevas y ropa impecable invulnerable al frío. Le gustaba recrear la cena de navidad y recortaba enormes mesas bien servidas con toda la familia levantando sus copas y comiendo uvas. Eran muchas imágenes que había que pegar y grande el trabajo pero se empeñaba, paciente y esperanzada.

Con las cartulinas forraba las paredes de su cuarto pequeño cuyo minúsculo tragaluz daba al patio interior, y armaba su verano recortando barquitos sobre el agua, sombrillas sobre una arena deseada y se dormía calculando cada noche cuantas camas tendría que arreglar y cuantos baños tendría que limpiar para pagar las mochilas, ropa, juguetes y comida de la familia de verdad que le esperaba al otro lado del mar que se mecía pegado frente a su cabecera.

Sarah Arnez, Bolivia

Pasos migrantes

Esa mujer caminaba, a veces ente piedras, a veces entre agua, a veces entre arena, sombras, cansancios, dolores.

¿Dónde estarán mis pies?, se preguntaba, como en un suave murmullo que repetía para sí, mientras caminaba.

Miró hacia atrás y encontró sus huellas, logró ver las más recientes e intuyó las antiguas, y se preguntó por qué hoy, justo hoy, no se reconocía en esas huellas. ¿Por qué parecía ser otra la que marcaba esos pasos?, que eran titubeantes, de puntillas, como si tuvieran miedo y un nudo en la garganta que los quisiera ver convertidos en aire, en polvo, en nada.

Y otra vez pensó: ¿dónde estarán mis pies?

¿Estarán en los desayunos apresurados que no tienen sabor a casa?, ¿estarán en la ausencia?, ¿estarán en el niño que llevo en brazos?, ¿estarán en el futuro que añoro?, ¿estarán en las sombras que no son mis sombras?, ¿estarán en esta tierra que no reconozco?

Y viendo de nuevo hacia adelante, vio el muro imposible, un futuro desafiante en el que hoy, no era capaz de imaginarse.

Y de nuevo se preguntó: ¿dónde estarán mis pies?, que se ausentaron de estos pasos.

Sofía Robles, Guatemala

Rompiendo el muro

Ser migrante es complicado. En muchas ocasiones tienes que convertirte en tu propia madre y padre a la vez para aprender a dar pasos, aprender a correr y, con suerte, echar a volar en un nuevo país. Yo he tenido dos migraciones: la primera fue hacia los Estados Unidos por decisión de mis padres y la segunda a España, una decisión toda mía.

Cuando tenía un año, mi mamá llenó una solicitud para una lotería de visas que estaba publicada en el periódico. En esta lotería, Estados Unidos daba el “premio” de visas para salir de Cuba. Mi familia y yo recibimos respuesta diez años más tarde. Yo ni siquiera sabía que mi mamá había participado, incluso ella lo había olvidado.

Un día surgió la posibilidad de irnos a los Estados Unidos, pero tenía que mantenerlo en secreto, así que no se lo conté a nadie, ni siquiera a mis mejores amigas. Aunque yo no quería irme de Cuba en ese momento, como niña vi la curiosidad de todos los juguetes y la ropa color rosa que podría llegar a tener y eso, y solo eso, me cargaba un poco de ilusión.

Tras unos meses, nos aprobaron la visa, y luego comenzó la pesadilla inevitable de todos los trámites burocráticos. En ese tiempo en Cuba, cuando te ibas del país, tenías que dejar todas tus propiedades y se las quedaba el Estado: la casa donde vivíamos, la libreta de abastecimiento..., y perdimos todos los derechos como ciudadanos del país.

Me vienen recuerdos del vuelo, la despedida de toda la familia, mi prima pequeña preguntándome cuándo nos volveríamos a ver. Y en cuestión de segundos me invadió una profunda tristeza. No la volví a ver hasta cinco años después.

El contraste de los dos países es fuerte; son muy diferentes el uno del otro. La sensación de pérdida de identidad que siente un emigrante, aprender el idioma, lo difícil que es adaptarse; son de las cosas más enigmáticas que tiene este proceso. Para mí lo más difícil fue adaptarme al idioma y a esa nueva cultura. Echaba mucho de menos a mi familia y mi antigua vida. Extrañaba irme a la casa de mi vecina y jugar allí, extrañaba mi casa y “la mata de mango”. Además de esto, estaba entrando en la adolescencia y estaba experimentando muchos cambios, más allá de los biológicos y los normales de esta etapa, algunos que reestructuraron mi proceso de desarrollo emocional y social.

Asimismo, mi familia y yo hicimos una vida en New Jersey, donde estuve diez años y empecé a echar raíces. Allí estudié danza, conseguí una beca para ir a la Universidad,

conocí amigos, trabajé, me enamoré, me rompieron el corazón, y también me hice ciudadana americana.

Mi segunda migración fue decisión propia. Una vez que terminé la Universidad, quise venir a España a estudiar interpretación. Mi plan era estudiar los tres años de la carrera en Cuarta Pared y volver a los Estados Unidos con mi familia, pero me gustó el estilo de vida de Madrid, la libertad e independencia que tenía y decidí quedarme a probar suerte. Esta migración también me ha transformado. Vine a los veintidós años, y pese a que el idioma ya lo conocía, tuve muchos choques culturales. Volví a vivir muchos cambios que eran similares a los que había experimentado en la primera migración, pero esta vez solo conmigo, sin el respaldo de mis padres para suavizar el proceso.

Seis años después, aquí sigo. He vivido el proceso diferente por estar sola. Hay momentos donde he tenido muchas ganas de volver y me pregunto por qué sigo aquí, qué me ata. A veces la respuesta es recordarme a mí misma que no vine de tan lejos para rendirme. Otras veces decido no pensar y sigo. Pero la mayoría de las veces pienso que prefiero estar aquí que en otros lugares. Viéndolo con perspectiva, ha sido un proceso de crecimiento y madurez.

La gran cuestión después de haber explorado tres países diferentes es que no sé cuál es mi hogar. Quisiera verdaderamente decir que mi hogar soy yo, porque eso me lo repite muchas veces mi terapeuta, pero a veces me gustaría sentir que tengo un hogar en algún lugar.

Cuando voy a Cuba, los cubanos no me ven como cubana. Me intentan hablar en inglés para pedirme dinero porque me ven muy blanca y porque ahora visto diferente a ellos. En los Estados Unidos tampoco soy americana, ya que allí reconocen mi acento latino y mi forma de ser tan opuesta a muchos de ellos. De España tampoco soy. Esto me lleva a pensar que soy de varios sitios y de ninguno a la vez. Soy un poco de todo. Yo pasé por la migración y la migración ha pasado por mí.

Daimi Delgado, Cuba

EL INMIGRANTE

El miedo, tristeza, angustia y el dolor todas estas emociones nos acompaña en este largo camino, dejar atrás nuestras familias, esposo, hijos, hermanos, amigos ,conocidos ,nuestras costumbres y mascotas que hacen parte de nuestras vidas conocer nuevas personas hacer nuevos amigos enfrentarse a nuevas culturas ,comidas ,ambiente ,climas y pensar en todo lo que dejas atrás, tus proyectos y muchas cosas más es un choque emocional que nos derrumba poco a poco

Hay días de sonrisas, llantos y alegrías cómo una montaña rusa, cómo hay días muy duros dónde te sientas y piensas si vas hacer capaz de aguantar todo esto pero a su vez recapacitas y te das cuenta que es la única opción para poder ver crecer a tus hijos (así sea desde lejos)y

Poder realizarte cómo persona sin ningún complique si expresas tus ideas y tus gustos

Esa llamada o vídeo de llamada de nuestro familiares recargan el alma

Por eso tú amigo nativo u inmigrante trata a las personas con amabilidad, empatía y se solidario, no sabemos que sufrimiento o cargas llevan a lo largo de este camino

Son muchos sentimientos encontrados y emociones que se siente

Se más humano .

Tengo la fe en Dios y la esperanza de que algún día todo esto acabará y volvamos a estar juntos 🙏🙏🙏🙏🙏

Frase, citada

El que no vive para servir, no sirve para vivir

María Teresa de Calcuta

Enith Yisela Ramírez Palma, Colombia

Título: Cultura y Resiliencia.

¡Hola! Mi nombre es Ely Johana Ramirez palma y en este escrito les contare un poco sobre lo que fue mi infancia y cultura de mi pueblo; dicho esto comencemos Soy colombiana del municipio de Turbo el cual se encuentra localizado al norte del departamento de Antioquia, en la llamada zona del urabá antioqueño; se encuentra bañado por el mar caribe y el río atrato, su gentilicio es turbeño, es un pueblo cálido, rumbero (les apasiona las fiestas) sus ya mencionadas fiestas son con grandes pickup (equipos de sonidos muy grandes y altos decibelios) con músicas como vallenatos, reggaeton, salsa, salsa, champeta entre otras.

Su gastronomía es muy variada en ello encontramos el langrejo guisado con coco, el arroz de coco, el chorizo consero, bofe, costillas, chicharrón, tripitas, buche de cerdo, morcillas y todo esto acompañado de tajadas o patacón de plátano verde. Quiero resaltar en este escrito Turbo es un municipio que por su situación geográfica es muy bonito y acogedor con mucha capacidad de resiliencia a pesar de las transgresiones.

Con respecto a mí; nací en este bello municipio en un hogar funcional y conservador el cual nos

infundían el respeto, amor, empatía, humildad y muchos valores más pero en especial el amor y entrega a Dios.

Soy la número 2 de 5 hijos los cuales eramos obedientes y sumisos a nuestros padres que a pesar de los limitantes económicos eramos felices disfrutando con lo poco que poseíamos, siempre recuerdo con agrado y muchas nostalgias esta bella etapa de mi vida puesto que en medio de ella se iban formando caracteres resilientes que en lo largo y ancho de la vida se reflejarían.

recuerdo con sonrisa en mis labios tantos momentos donde mi madre realizaba dulce y melatos en fogón de leña para luego mandar a mi hermana mayor y a mí a venderlos para poder juntar dinero para satisfacer necesidades básicas de sus hijos (alimentación, calzado y algunas veces ropa.)

Mi padre de profesión carpintero y oficios varios el cual esperaba o ser solicitado para un empleo lo cual la mayoría de las veces quedaba en planes.

por otro lado mi hermana y yo vendríamos todo lo que nuestra madre depositara en nuestros recipientes (mangos, plátanos, yucas, pescado, hojaldras, empanadas, cocadas entre otros)

Cabe resaltar que todas estas vivencias mencionadas y no mencionadas en este escrito fueron significativas y de mucho aprendizaje ya que me formaron para enfrentar las adversidades de la vida con madurez y resiliencia.

Quiero animar a todo aquel que esté pasando por momentos difíciles a creen en Dios y confiar y estar seguro que lo que en su vida está pasando no va a ser para siempre

¡Resiliencia que sí se puede!
Un abrazo ♡

Ely Johana Ramírez, Colombia

Un nuevo mundo

Esperando ya para embarcar, agarré con fuerza la maleta donde decidí meter toda mi vida, y me di cuenta de que la vida puede caber en espacios pequeños. Son pocas las cosas que me acompañarán en mi viaje al nuevo mundo. Es curioso que hace cientos de años, el nuevo mundo se encontraba exactamente en la tierra que pisan mis pies y hoy para mí, significa el horizonte más lejano. El sueño de mi vida nunca fue meter tres pantalones, cinco camisetas, la ilusión de caminar tranquila, los sueños que no he podido cumplir y los abrazos de mis padres en una maleta para lanzarme a lo desconocido. Pero recibí la visita de un pensamiento recurrente que terminó siendo una decisión que cambiará mi vida. Muchas veces me pregunto cómo será ser vista por otros ojos y tener que aprenderlo todo de nuevo. Y mientras aquí, se irán creando recuerdos de los que ya no haré parte y yo iré creando otros más y buscaré refrescar la memoria siempre que pueda, para que lo que soy siendo de *aquí*, no se borre nunca. Ya es mi turno de subir al avión.

Daniela Martínez, Colombia



Bragas, Valentina Cardona Goelkel, Colombia



Un cuento fiel, Sonia Liliana Pinto, Colombia

Hola soy chaimae tengo 26 años vivo en Madrid.

Mi historia empezó en 2018 durante de este año cambió todo de mi vida cuando ya terminé mis estudios en la universidad en Marruecos y sentí que ya acaba de llegar a mi sueño y voy a ser una profesora de matemáticas. De repente sentí que ya todo he cambiado cuando he conocido a una persona que me he enamorado ya, en este momento sustituyó el rumbo de mi vida, Mis pensamientos estaban confusos a causa de que tengo que elegir un de los dos caminos , Después de una larga lucha entre la mente y el corazón, finalmente ganó el corazón y he elegido que ya me casé con mi alma gemela. Antes de venir aquí tuve un miedo horripilante pienso como voy a vivir en este país sin saber su lengua su cultura y también como puedo soportar vivir lejos de mis padres además Estaba pensando demasiado en cómo puedo completar mi camino académico. ¡eh no creo eso! , ¿de donde empezó? Después de noches de pensar decidí que tengo que empezar desde cero entonces aprender el idioma y reconocer la cultura y segó hasta que llegó a mi sueño Y aquí estoy ahora esforzándome en mi estudio del idioma española.

Alcanzaré mi sueño sin importar el tiempo que tome.

Chaimae Azougagh, Marruecos



Sin título, Valentina Metelytsia, Ucrania

Una vida para recuerdo

Hola, me llamo Natalia. Yo tengo 44 años. Nací en Ucrania. A los diez años mi instituto estaba en Ucrania.

En 2008 me gradué de la Universidad de Pedagogía que lleva su nombre. Tengo 2 niños. Mi hija se llama Sofía y ella dibuja hermoso. Mi hijo se llama Yurii y es muy buen chico. Me gusta la recreación activa y la naturaleza.

Me gusta Ucrania, tiene un clima templado agradable y las vacaciones Ucranianas
En España me gusta mucho la gente amable y también la arquitectura Española.

Natalia Kutna, Ucrania



Caminando por el mundo, Ana María Cobuleanu, Rumanía

MENOS MI PROPIA CASA

Todas las casas son mi casa

Menos mi propia casa

En aquella casa me iban a vender

Por cinco mil

O "la dote" me iban a ofrecer

Cinco mil dinares era mi valor

O el premio para obedecer

Aun así, me rechazó el comprador

Porque no di el perfil

Era bastante mayor

con un cabello demasiado corto

Para ser una mujer fértil

En mi casa, no se buscaban parejas

Sino conejas

Verdes, blancas y con bocas cerradas

a estrenar

a procrear

y a callar

Todas las lenguas son mi lengua

Menos mi propia lengua

Para qué sirve mi lengua materna
Si abrir la boca se considera pecado
Donde se premia la sumisión eterna
Y cualquier acto de libertad queda penalizado

En mi casa no había espejos
Usarlos estaba prohibido
Por miedo a convertirse en antojos
Para los mismos que los han prohibido
No conocía el color de mi pelo ni de mis ojos
Aun así, una puta para todos he sido
Por el simple hecho de intentar abrir la boca

Pero yo ya he construido una casa
De las cenizas de la otra
Y con otro idioma
He aprendido abrir la boca

Porque, al fin y al cabo
No elegimos donde nacemos,
Pero sí, donde renacemos
Una y otra vez
Hasta agotar nuestra existencia
Efímera e (in)significante

Dana Khaled Saleem Zaben, Jordania

Mi país, mi lengua, mi cultura

Georgia se encuentra en el Cáucaso, entre Europa y Asia. Limita con Rusia al norte, con Azerbaiyán al sureste, con Armenia y Turquía al sur y con el Mar Negro al oeste. Su superficie es de 69.700 km² y tiene una población de 3.716.900 personas. La capital es Tblisi. Actualmente el 20% de Georgia está ocupado por Rusia.

Es un país ortodoxo y el patriarca de la iglesia es Ilia II, a quien la gente respetamos mucho. Hay muchas iglesias en el país que tiene imágenes de santos pintados en el interior.

Millones de turistas visitan el país cada año: en verano las playas de Batumi y Kobuleti; y en invierno las estaciones de esquí de Batumi y Gudauri.

Georgia tiene su propio alfabeto, que es uno de los 14 alfabetos del mundo y consta de 33 letras. También tenía un alfabeto antiguo, que ya no usa en la escritura actual, aunque las inscripciones de los frescos de las iglesias y las tumbas de los reyes están escritas en él. La obra más antigua que se conserva es "*La tortura de Shushanik*" que data del siglo V. El poema "*Vefxistkhaosani*" data del siglo XIII. Consta de 1.669 coplas y ha sido traducido a muchos idiomas, incluso el español. Tanto el alfabeto antiguo como las obras todavía se enseñan en las escuelas. El idioma oficial en todo el país es el georgiano pero tiene tres dialectos: kartveluri, megruli y svanuri.

Hay 11 provincias en el país. Cada una de ellas tiene su propia música, baile y gastronomía. El alma georgiana se puede ver bien en la música. Esta tiene un gran lugar tanto en la vida secular como en la religiosa. Los santos padres hacen composiciones y los coros de catedrales cantan en las iglesias.

En cuanto a la danza georgiana, aquí se puede apreciar tanto la plasticidad y el mimetismo masculino como el respeto por la mujer. El hombre baila de puntillas sin zapatos especiales y siempre se mantiene alejado de su pareja. Cada baile tiene su traje: samaia, ajaruli, kintauri, mtiuluri etc. La compañía de baile nacional georgiana más famosa es "*Sukhishvilebi*". Este es el apellido de la persona que lo fundó y ahora está en su tercera generación.

Georgia es uno de los países más hospitalarios del mundo. Las tradiciones georgianas sobre la comida y el vino son muy relevantes para nosotros. En otoño, cuando termina la cosecha, se recolectan las uvas en cada familia georgiana y se elabora el vino. El vino se almacena en grandes vasijas de barro para dar de beber a los invitados durante todo el año. También se exporta. Tenemos muchos platos nacionales: xinkali, xachapuri, satsivi, chaqapuli, xarcho, elarji, churchxela etc. Nos destacamos por nuestra cultura del brindis. La vestimenta tradicional para los hombres es la chokha que ahora solo se usa con gran orgullo en las bodas.

Por todo ello, estoy orgullosa de ser una hija de mi país.

Ketevani Tskhadaia, Georgia

De una madre y una lengua de herencia

Capítulo 1

Llegué a España a los veintipocos años para practicar español. Cada día que pasaba profundizaba más y más a fondo en todos los aspectos de la lengua y de la cultura española. Tejé una larga y variopinta red de amigos hispanohablantes. Leía, escribía y hablaba a diario en español. Incluso iba a clases de flamenco y llegué a actuar en los tablaos de Lavapiés.

El tiempo pasaba y yo cada vez más me alejaba de mi país natal (sin dejar de visitar Polonia al menos 2 veces al año). Mi corazón estaba ya enraizado en España y mi madre decía: “Pero qué raro hablas ahora en polaco. Tienes un acento muy extraño, hija...” También empecé a olvidarme de algunas palabras en mi lengua materna.

Capítulo 2

Hace 16 años conocí al padre de mis hijos. Cuando sentí por primera vez el movimiento de mi primer hijo todavía dentro mi vientre, le puse el nombre Mateusz - con la ese zeta al final para marcar bien sus orígenes polacos. Mateusz llegó al mundo y la primera frase que escuchó de mi boca fue: “Kocham cię mój synku.” (“Te quiero, hijo”). La intuición me decía que no podía hablarle en español. En aquel momento todavía no era consciente de que llevaba en mis brazos a un pequeño Heredero de una Lengua Minoritaria.

Mateusz crecía y yo seguía hablándole solo en polaco. Me sentía muy sola en esa “lucha”. Además, hablarle a mi hijo en una lengua que no tiene el prestigio que puede tener el inglés o el francés, hizo aquella batalla más difícil todavía. Me di cuenta de que, si no buscaba refuerzos, la “herencia” de mi hijo estaría en peligro. Leí todo lo que se podía leer sobre el desarrollo de las lenguas minoritarias, descubrí que en Madrid había unos 10 colegios polacos “de los sábados”, esta vez empecé a tejer una red de amigas polacas con hijos en la misma situación, para que los niños pudieran hablar entre ellos en la lengua de sus madres migrantes.

Capítulo 3

Mateusz ya tiene 10 años. Mi segundo hijo, Tomasz, tiene 5. Es difícil resumir lo difícil y a la vez lo emocionante que es criar a dos Herederos de una Lengua Minoritaria. Cada día es una aventura. La constancia y el tiempo de dedicación son esenciales. He pasado y sigo pasando por un torbellino de emociones: desde el cansancio, desesperación, tristeza, soledad, miedo... pasando por curiosidad, esperanza... hasta la alegría, satisfacción, orgullo, motivación y felicidad.

Hoy en día los dos hablan perfectamente en español y en polaco (y entre ellos se comunican en polaco). Y yo gracias a la lengua de herencia que estoy transmitiendo he encontrado el equilibrio entre mis dos tierras. Emocionalmente no descuido ninguna de las dos. Y profesionalmente me dedico a enseñar español en Polonia y a enseñar polaco a niños polaco-hispanos en España.

Pero la historia no acaba aquí. Ahora estoy ante el nuevo reto: el de mantener viva esa lengua minoritaria...

Agata Krzyształowska, Polonia

мовою предків, силою крові від крові,
то така надприродня лють
народжена від любові, або навпаки
лютий лютує і радить тобі іти

слово ріже залізним сталевим боком
рідний дім приходить у снах,
примарою, третім оком
все набуте - забуте одним роком
але пісня най буде уже не про це

нехай буде про наші ліси і гори
явори, річки, міста, села і море..
про шалені вчинки козацького роду
що співає рідній мові любові оду
що немає тій силі уже переводу

все що знали до цього - не набуло сенсу
переродилися феніксами, але не з пеплу
а прямо с жару, пожежі, реального пекла
і нехай потім кажуть, що ти втекла...

хай не знають, бідкаються, пліткують
але краще нехай живуть, як звичайні люди
бо ми ж не боги, і бува, що ламає усіх
що шукати виходить інші дороги...

і знаходити спокій в чужих містах
нехай тільки зараз, нехай буде так
сила завжди в любові і праві вуста
що говориться ними правда проста

про страх, прорахований горем до ста
про свободу, якою так марить птах
про домівки твоєї вцілілий дах
і сильніший за біль - переможний взмах!

con la lengua de los ancestros, con la fuerza de la sangre,
así es una furia extrema
nacida del amor, o al revés
el febrero se enfurece y es mejor que tú avances

la palabra corta con filo de hierro
la casa natal viene en el sueño,
se aparece como una quimera u ojo tercero
todo lo adquirido ya olvidado en un año entero
pero de eso no se trata en esta canción

que sea de nuestros bosques y montañas
sicómoros, ciudades, pueblos y el mar..
las hazañas locos de cosacos
que cantan una oda al idioma nativa del amor
que no existe tal fuerza de oposición

todo lo que sabíamos antes - ya no tiene sentido
renacimos como ave fénix, pero no de cenizas
y directamente del calor, fuego, verdadero infierno
y que traten de decir que te escapaste luego

que no sepan, se quejen, chismeen
pero es mejor que vivan como personas comunes
porque no somos dioses, y a veces nos rompe a todos
y sucede que hay que buscar otros modos...

encontrar la paz en las ciudades ajenas
ahora mismo, dejando ser como sea
la fuerza siempre está en el amor y los labios son sinceras
lo que dicen es la pura verdad

sobre el miedo calculado por el dolor a cien
sobre la libertad que tanto sueña un ave
sobre el techo de tu hogar que aún está en pie
y más fuerte que el dolor: ¡un triunfante aleteo!

Victoriaia Kryvopalenko, Ucraina

Donde no estamos

Mi casa está construida de madera y barro. No tiene suelos de mármol, ni paredes de cristal, ni muebles lujosos. Pero para mí es más preciosa y querida que todos los palacios del mundo. Quiero esta casa porque sus cimientos son el amor familiar de cuatro generaciones que vivieron y lucharon por un destino en este hogar.

Todo aquí nos pertenece: el cielo, el aire y la tierra natal. Cuando te sientas en el jardín y observas los albaricoques y manzanos floreciendo en primavera, cuando escuchas el canto de los pájaros o inhalas la fragancia de las uvas, entiendes lo que es la felicidad.

Pese a que esta no es la primera vez que ha habido una guerra brutal en mi tierra, cuatro generaciones de mi familia han vivido una vida decente en nuestro hogar y me siento orgullosa de ello.

Definitivamente volveré a mi casa, porque el enemigo puede destruir los muros, pero no podrá destruir el amor que encierra nuestro hogar.

Inna Ushenko, Ucrania

Un país que no elegí

El zumbido de los motores de los aviones y el aire viciado de la cabina me pesaban mucho en el pecho y me dificultaban la respiración, deseé una ventana abierta, aunque la posibilidad para las tres personas era un vidrio ovalado sellado, aquello parecía una burla cruel, pues estaba completamente cerrada, negándome un soplo de aire fresco, así como un par de ojos no valen nada hasta que sus párpados se separan, así es el potencial de una ventana hasta que se abre, ¿no se hará realidad!

Cerré los ojos, con la esperanza de escapar a un sueño pacífico, pero incluso mis sueños no eran pacíficos. Después de casi 4 años de ser una refugiada en Turquía y esperar, la oficial de refugiados de la ONU me informó en un tono duro y poco comprensivo que no tenía derecho a elegir mi destino, entonces, España me aceptó, ella, la oficial de refugiados no podía imaginar lo que pasaría con todo el amor que tenía por mi tierra y el olor de su cultura o la razón por la cual estaba dispuesta a huir de mi patria.

Por lo menos pudrían haber elegido un país donde tuviera familiares o amigos cercanos, pero no fue así. Ahora que iba viajando por aire al país seleccionado, no tenía idea de cuál sería mi futuro. Después de años de penurias, llegué al cielo de un país y pisé el suelo de un país del que no sabía nada excepto por su música y atracciones turísticas. El futuro desconocido era aterrador y no podía deshacerme del miedo a lo desconocido, finalmente, con el anuncio del piloto, el tren de aterrizaje descendió, el avión aterrizó y finalmente mis pies tocaron el suelo de mi nuevo hogar.

Fui tonta, hubo caos en el aeropuerto y mi equipaje se perdió, en el bullicio del aeropuerto, pensé que tal vez mi equipaje tenía más derecho a decidir y fue trasladado a otro país. Estaba cansada de ser humillada en mi propio país, así que me refugié en otra tierra, Turquía, donde también fui humillada, y finalmente, una señora que no me entendía, me humilló aún más con crueldad y me impuso viajar a España, decepcionada y enojada con vivir en un mundo donde estaba condenada a escapar solo por pensar y vivir de manera diferente.

Me tomaron las huellas digitales en el aeropuerto de Madrid y mi ciudad fue seleccionada de una lista de ciudades, fue solo en ese momento que estaba feliz de que alguien eligiera la ciudad por mí, me reí desde el fondo de mi corazón y estaba feliz, Barcelona se convirtió en mi ciudad, me encantaba su arquitectura y la naturaleza mediterránea, y nunca pensé que un día mi hábitat estaría junto al mar Mediterráneo, donde hay altas palmeras y cipreses, y tendría que saludar al sol para ver el balanceo de las altas hojas.

Han pasado más de 3 años desde aquellos días, todos los días, cuando el sol brillante de Barcelona calienta mi rostro, recuerdo que la vida está llena de dificultades y placeres, el calor del sol en mi rostro me susurra, animándome a mantener la esperanza y la aceptación, sin importar los desafíos que se me presenten, ahora España se ha convertido en mi segunda patria, me protege y agradezco a las personas que me aceptan con mis diferencias y me tratan con dignidad y valores humanos, esta fue una elección de vida, y agradezco la sabiduría de la vida.



Tamo, Nataliya Filenko, Ucraina

"La vida es un milagro"

Una vez me dijeron que no hay milagro en nuestra vida.

Pero, ¿qué pasa con un rayo de sol en un día de primavera
bajo el cual se esconden del mal?

Pero, ¿qué pasa con el canto de los pájaros, el murmullo del arroyo,
una plaza donde dos ancianos están en un banco
tomados de la mano susurrando amor el uno al otro?

Ayer, un mestizo desafortunado salvó a un gatito de un problema.
Y alguien mira al cielo esperando ver caer una estrella.

¿Qué pasa con el hombre que se convirtió en padre?

Hijita con carita angelical,
las cosas importantes en la vida no son cosas.

Y cuando las velas se apagan en la noche,
pensamos en la vida por una razón.

Queremos vivir el destino, no llevamos la cruz.

Esperamos un milagro de la vida, pero un milagro es la vida.

Qué lástima que se nos olvidó, esto lo consideramos un mito"

Valeriia Chupryna, Ucrania

“Todo de nuevo”

Me faltan las palabras, cómo empiezo este poema...

Vivía antes en mi país, sin saber que mi vida podía cambiar tanto en un momento.

Ya van tres años en España, y parece que fue ayer...

Estudio el idioma y las tradiciones, y comienzo la vida de cero.

La vida me ha traído personas increíbles, por las que estoy tan agradecida.

Lo único que sé: lo que pasa en la vida, ya estaba escrito y no se puede cambiar.

Y solo puedo dar las gracias a Dios por acompañarme en el camino.

Olena Chupyna, Ucrania



A través de otras palabras, Laura Manzi, Italia

Nómada corazón

Luego apenas te acordarás
por qué habías emprendido este viaje,
una vaga memoria conserva la emoción
de un mundo lleno de puertas abiertas,
también la congoja en el corazón
y la niebla, siempre la niebla,
que iba tragando todo
lo que dejabas a tu paso.

Tú te imaginabas que este viaje
sería un viaje como cualquier otro
con una salida y una llegada,
un tránsito a otro mundo,
un tránsito que se acabaría
con el inicio de tu nueva vida.

Pero este viaje
es un viaje interminable,
este viaje es un viaje sin fin.

Llegaste cargada con maletas,
maletas y bolsas, algunas vacías,
otras repletas con baratijas inservibles
a pesar de que habías elegido
tus mejores prendas y piezas;
todavía no entiendes cómo tu tesoro
se pudo haber convertido en ceniza.

Ay, Cenicienta,
en la que te has convertido,

la niebla ha tragado
también tu nombre enseguida.

La boca llena de piedra bruta
recién sacada de una cantera
te separa un abismo de los demás,
tu discurso infantilizado
entre silencios y exabruptos,
tú que solías cantar
con los pájaros en los verdes prados;
a veces todavía bailas descalza,
es entonces que te acuerdas
cómo te llamas.

Y, aun así, testaruda,
has logrado formar un hogar,
te has hecho al espacio
que habitas y has construido,
con ayuda o sin ella, poco a poco,
como las hormigas, las incansables,
como los cuervos, los beligerantes,
una casa tuya, un barquito en el mar.

Pero resulta que tu casa se desdobra,
tu casa nunca es solo tu casa
siempre está tu casa y la otra casa,
la casa que dejaste que la devore la niebla,
de manera que tu corazón no sabe dónde vive,
no tiene dirección concreta
y transita por lugares recónditos.

Buscando en la arena tus propias huellas
quieres regresar, atravesar otra vez la niebla,
pero el mundo gira en todas las partes
a la misma velocidad alrededor del sol,
y todas las agujas de todos los relojes
corren en una sola dirección:
lo que la niebla devoró solo sobrevive
en tu nómada corazón.

Es patinar sobre un lago helado
y escuchar rugir el agua congelada,
tú sigues dibujando círculos y piruetas
con las cuchillas afiladas de tus patines
que centellean reflejando el sol
sobre el blanco plano
sin saber si el hielo va a aguantar
el peso de tu alma partida.

Sin embargo, el río convierte
con su interminable fluir
la piedra más cortante en canto rodado,
y en tanto vaivén, entre burbujas y peces,
pierdes la orientación y te preguntas
si estás en el camino de ida
o en él de regreso;
todas las sendas parecen llevar a tu casa,
sin embargo, ninguna jamás ha llegado,
sigues cautivada en este viaje interminable.

Y una vez más, desconcertada,
revisas tu equipaje
y apruebas con sorpresa

tus maletas repletas de tesoros,
prendas y piezas conectadas con tu recuerdo,
y lo que te parecía ceniza gris
resulta ser puro polvo de oro.

Karin Monteiro-Zwahlen, Suiza



Cátedra Global Nebrija Santander de Español
como Lengua de Migrantes y Refugiados

www.nebrija.es

catedraespanol@nebrija.es

www.nebrija500.es